

HEGEMONÍA EN TIEMPOS DE BARBARIE

Sesión 1. La hegemonía y la disputa por la hegemonía

Seminario PPELA 2017-2: Geopolítica de las dominaciones y las emancipaciones: el capitalismo del siglo XXI.

Temas del debate:

La temporalidad de la hegemonía

Dimensiones de la hegemonía en clave histórica

Relaciones entre hegemonía y geopolítica

La “desvalorización del valor” no es sólo una crisis económica, sino que significa una crisis total: el hundimiento de toda una “civilización”.

ANSELM JAPPE, *Las aventuras de la mercancía.*

1. Tiempos póstumos

Asistimos al final de una época, y no hemos alcanzado a reconocerlo. Las cárceles del pensamiento liberal y los deseos del siglo de oro del capitalismo impiden reconocer que el mundo de ensueño del consumo pleno ha llegado a su fin, abriendo la puerta a la catástrofe. El estado del tiempo no sólo es el de la incertidumbre, es el de la ruina de un proyecto civilizatorio que se construyó destruyendo otras civilizaciones existentes. Asistimos a una crisis en la que no hay punto de retorno: la única opción viable para la lógica que la produjo, la lógica del capital, es la de gobernar la crisis, postergando los efectos desastrosos, tratando de ocultarlos y de acelerar las ganancias y la concentración de poder en una carrera suicida. Esta es la condicionante de todo intento de ejercicio de la hegemonía.

Esta crisis no es, de antemano, el fin de la explotación capitalista, se abre la opción de un mundo de barbarie nunca antes visto. Un mundo, que como señala Jappe, no enfrenta a la explotación como su peor problema, sino la expulsión, no sólo de los “beneficios civilizatorios” del capital, sino de toda posibilidad material de reproducción de las existencias biológicas e históricas. ¿Cómo pensar desde aquí el esfuerzo por controlar el *sentido* (como dirección y como significación) del capitalismo en el siglo XXI?

No hay una crisis de la cual salir, sino una guerra que ganar, dice el Comité invisible. Esto lo saben también la sociedad del poder y el dinero, que intenta redefinir sus condiciones de reproducción para postergar el fin del mundo en el que ellos gobiernan. Esta guerra es a la vez horizontal y vertical; horizontal entre las élites y estados centrales del capitalismo;

vertical entre los cada vez menos beneficiados y la creciente masa de expulsados. Una guerra de clases que también sirve para concentrar los espacios de poder a costa de reducir los espacios de valorización. La guerra está en curso.

2. Hegemonía como proceso

La definición de los escenarios de la guerra por definir el *sentido* del capitalismo en el siglo xxi, no puede ser analizada sólo por las condiciones inmanentes. La lectura de coyuntura no es suficiente para analizar los rumbos de la hegemonía, ni para entender la reconfiguración de las dinámicas de normalización y el rediseño de los espacios de poder. Toda construcción de hegemonía es un proceso de larga duración, no sucede de un momento a otro, ni mucho menos en una coyuntura. La hegemonía es un proceso contencioso biplanar en el tiempo: una disputa intracapitalista, entre las clases dominantes, y una disputa contra los sectores subordinados.

La pelea por hegemonía no es una lucha por el cambio de estafeta en la dirección del proyecto, no es el fin de una fuerza que cede su lugar a otra. Es resultado de largas disputas, de acumulados de fuerza, de diseño y control de actividades estratégicas que modifican el *sentido* de la valorización, controlando las fuerzas productivas y los múltiples espacios de la circulación y el consumo. La disputa por la hegemonía no es una creación desde cero de un orden nuevo, es la rearticulación de acciones, estructuras y procesos existentes, al tiempo que se configuran nuevos mecanismos de control.

Hay dos condiciones claves de la disputa por la hegemonía. La primera es su realización geográfica, que se expresa en las expansiones territoriales en las que los problemas internos de un centro de poder se externalizan, incorporando territorios, personas y bienes al diseño de un proyecto articulado de poder concentrado, en el que los subordinados internos y externos puedan reconocerse, aunque de manera deformada, dentro de ese proyecto. No hay hegemonía sin producción combinada del espacio.

Un segundo factor es el trabajo sobre el tiempo. No sólo es un tema de valorización (“el tiempo es oro”); también es un espacio de control y de poder. Es una condición fundamental para construir un sistema-mundo: estableciendo unidades de tiempo bajo una lógica homogénea, controlando sus representaciones y acotándole su historicidad. La hegemonía produce tiempos sin historia, como condición básica de la integración e internacionalización del capital. Para que haya mercado mundial se necesita un tiempo homogéneo, y con ello la disputa por definir el criterio de igualdad.

La hegemonía, por tanto, juega con el tiempo y el espacio. Trabaja sobre los cerebros, músculos y bienes naturales de geografías remotas y con historias concretas, ya sea por la vía de la mercantilización (el momento holandés), por la vía imperial de anexión (el momento inglés) o por la vía bélica de la cultura de masas (el momento estadounidense).

La hegemonía tiene soluciones geográficas a sus problemas de expansión y conservación, que le permiten enfrentar las tendencias seculares de exceso de capacidad y sobreproducción de mercancías. Lo que le sirve para encarar la tendencial abstracción del capital y su automatismo.

3. La hegemonía estadounidense

En el siglo xx la hegemonía estadounidense se construyó de la mano del aparato militar y de la industria cultural para controlar tiempo y espacio. Se caracterizó por dominar y explotar sobre la base de la dinámica militar, que, a diferencia del imperialismo del siglo xix, no era anexionista, sino de rapiña acelerada. No adjuntó terrenos, movilizó migraciones masivas a su territorio, civilizando desde el sueño americano y la tierra prometida para el progreso.

La concentración de riquezas ha sido su marca, que se soporta por un fomento de la competencia para abrir el mercado, para que éste sea absorbido por las grandes corporaciones. Estas riquezas privadas se han construido a lo largo del siglo xx sobre millones de recursos públicos (los rescates después de la crisis de 2008 son sólo la evidencia desnuda de lo que mantiene en pie a la economía estadounidense). Esto convierte al estado estadounidense en el mayor deudor del planeta, a la par que es la economía más pujante del mundo, que vive del dinero que extrae y concentra de otras geografías. Para ello es esencial el aparato militar, así como la industria cultural (que no sólo produce mercancías para el espectáculo, también tiene universidades, centros de arte, etc.).

Paradójicamente, este ejército, el más poderoso conocido en la historia de la humanidad, no pudo doblegar al mundo. Para ello fue necesario que las finanzas hicieran el trabajo. El fracaso del asistencialismo bélico fue sustituido por el éxito de la codependencia financiera. El capital ficticio estadounidense ató de manos al mercado mundial, dominando la integración e internacionalización del capital, lo que dio ventajas competitivas a las empresas con sede corporativa en este país. El capital ficticio y la consecuente financiarización de la economía permitieron desprenderse de las determinaciones materiales inmediatas, construyendo, por el contrario, un tiempo y un espacio de la explotación y la expropiación completamente anclado a las condiciones inmediatas. La producción, el crédito y las esferas financieras existen en su artificialidad por la conquista concreta y acelerada de territorios, produciendo una lógica desdoblada, la del mercado de derivados de un tiempo inmaterial y la de un presente eterno de expropiación sin límites.

La financiarización se acompaña de una solución espacial infraestructural, de capitales fijos instalados en la tierra, que hacen posible la acelerada movilidad de capitales, que reorientan los excedentes y reducen los riesgos de la volatilidad mundial. Lo peculiar de

esta solución de infraestructura es su reiterada destrucción, que garantiza un ciclo sin fin de destrucción-reconstrucción. El patrón de poder es infraestructural, nos recuerda el comité invisible, en este nivel se disputan los factores estratégicos de la producción, en sentido cualitativo y cuantitativo. Acá los estadounidenses mantienen un rol protagónico.

4. Epílogo: la revuelta contra occidente desde los valores occidentales

Podemos, en efecto, pensar que hay un capitalismo oriental gobernando por los chinos, lo que anuncia un cambio de época y de control hegemónico. Pero este capitalismo chino no deja de ser capitalista. Una sociedad mercantil estable, que sigue siendo una sociedad capitalista. El cambio de la dirección económica, de formas verticales centralizadas y burocráticas, por formas más horizontales y flexibles, de autonomías relativas, no anuncia el fin de la explotación, ni la exclusión, ni la explotación.

Lo poco claro y conocido de la realidad china, la falta de información sobre su capacidad deconstruccionista de la tecnología de vanguardia, impiden hacer entender hasta qué punto es una hegemonía emergente. Lo que sabemos es que cuenta con una masa de trabajadores que sirven como un factor de disputa de relevante importancia. La guerra por la hegemonía se anuncia, como una guerra de sacrificio de millones de personas.

El avance de China, su peso cuantitativo y sus variantes cualitativas que imprimen al sentido del capital una variación, tendrá que enfrentar una guerra contra el capitalismo bélico estadounidense (que dista mucho de la guerra fría, ya que esta tuvo como punto clave la disputa de dos proyectos políticos de masas; hoy no parece que China ponga en juego eso). La guerra en el horizonte no lo es sólo en el sentido militar, es una guerra de ideologías y de proyectos, que pone en riesgo la vida de las existencias de la tierra, donde lo que parece salir avante es la lógica de la valorización del valor.